

Aeronáutica Militar

LA GUERRA EN EL PACIFICO

Por el General BERMÚDEZ DE CASTRO

La ausencia en esta guerra de corresponsales literarios y el hermetismo de los partes oficiales contribuyen mucho a velar el aspecto de la lucha y abren una serie interminable de interrogaciones en el ánimo de cuantos presenciarnos, a tan larga distancia, los acontecimientos; sabemos de las peripecias de la pugna, los resultados, mas no el modo de conseguirlos; y conocemos las falsedades de la propaganda, porque a la Geografía no hay manera de engañarla. El interés profesional (que no se pierde sino con la vida), ayudado un poco por los conocimientos del oficio, descubre algo de las nuevas modalidades, y esto es lo que me permite pergeñar estas líneas, con demasiada cortesía solicitadas por nuestra gran REVISTA DE AERONAUTICA.

No es preciso consignar que el triunfo de los japoneses en el Pacífico, por su rapidez y contundencia, tiene asombrado al mundo, y es sólo comparable con la velocidad y éxito del de los alemanes en Europa; pero la verdad es que desconocemos mucho la entraña, el mecanismo del combate, el estilo, la estructura que funciona con una exactitud y precisión, complementarios de la precisión y exactitud del Arte Militar que practican los tres Ejércitos nipones: el de Tierra, el del Mar y el del Cielo.

Sin embargo, no me parece imposible analizar los hechos y descubrir un tanto el secreto de las victorias, cimentadas sobre un altísimo espíritu castrense, una perfección suma del material y una fe y confianza en sí mismos, que no se logra sin larga y profunda preparación. Si dentro de cada uno de los tres elementos, terrestre, naval y aéreo, aparece insuperable la ejecución de los planes, surge, impecable también, la penetración entre ellos de manera que forman, de tantos complejos, un todo, un conjunto que obra como una sola pieza; tal es su cohesión y tan íntimo y vigoroso su enlace. Y este detalle de la organización de la guerra hay que atribuirlo—a mi juicio modesto y anticuado—a la Aviación.

Yo veo con los ojos del pensamiento el dispositivo japonés abarcando el inmenso teatro de operaciones: superficies colosales, múltiples islas, dilatadas costas del Continente asiático, Estrechos procelosos a veces y distancias enormes otras. Contemplo, esparcidas por la altura, numerosas bandadas de pájaros de guerra en constante servicio de vigilancia; móviles grandes guardias con sus escuchas, centinelas y patrullas al modo de satélites registrando las traidoras nubes y las profundidades del mar, y cual las rápidas gaviotas lanzarse

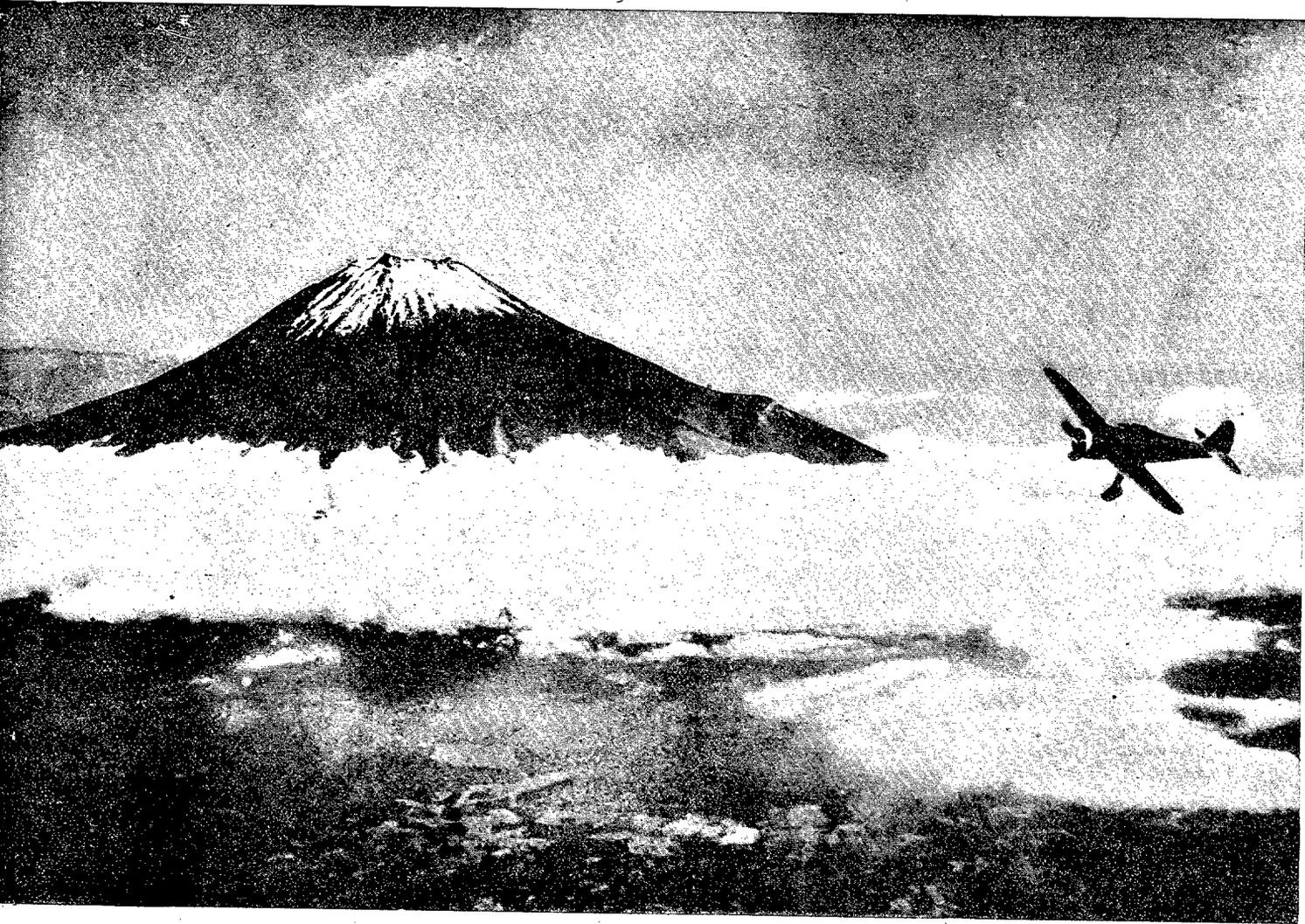
desde arriba sobre los pecillos submarinos o los barcos aventurados en las soledades acuáticas. Vuelvo a la tierra las miradas y encuentro los aviones de acompañamiento, vanguardia y guarda tutelar de las Divisiones dispuestas para el desembarco, que arrasan con sus bombas el terreno donde ha de poner pie la Infantería luego que queden en añicos las baterías costeras y los fuertes protectores de playas y bahías.

Diviso tierra adentro, y por encima de los espesos maniguales (dejemos el barbarismo "jungla" a los galiparlantes), grandes bombarderos en hilera arrojando en rosario los proyectiles explosivos, que labran los caminos en la selva pulverizando milenarios árboles, gigantescos bejucos, madejas de lianas que hacen impenetrable el bosque virgen en que fiaba el enemigo para retardar el avance triunfal del invasor.

Y hasta me parece ser testigo de la batalla entre las escuadrillas de aeroplanos y los acorazados, orgullosos de su volumen imponente, recordando la española consigna: "Vista, Suerte y al Toro", al sentir el roncar de los motores entre los cuernos de la D. C. A. y escuchar el estampido del torpedo en la línea de flotación del buque o la explosión de bombas de 500 kilos lanzadas temerariamente desde el nivel de las chimeneas y que abren en la cubierta del gigante de acero el embudo que da paso a las aguas y le hunde en el abismo.

Estas visiones, que por su espectacular belleza parecen literatura y fantasía, son realidad; el cuadro se completa con la agonía del acorazado entre humo negro, crespón que oculta la tragedia interior. ¿Cuántos aviones ha costado la hazaña? No importa el número; lo que importa es mirar a la ballena volcándose de popa, víctima de un avecilla que revolotea alrededor de su víctima y todavía canta con el castaño de su ametralladora.

Pero no es esto todo; hay algo más, impalpable, invisible, que produce la cadencia, el compás, la armonía en las operaciones, y no sería posible sin la trabada comunicación inalámbrica, indudablemente lograda por la Aviación de enlace, que transmite cuanto observa y ve mucho antes que las estaciones de las unidades combatiendo o actuantes. Nótese que los jefes de las fuerzas que operan en los teatros parciales de la guerra obran mancomunadamente, como si conocieran al minuto la situación general, y atemperan sus marchas y combates a la velocidad que las dificultades imponen en algunos frentes; es decir, por ejemplo, que el General de las tropas desembarcadas a viva fuerza



Las alas del Sol Naciente vigilan en torno a los legendarios volcanes de Oceanía.

en Java sabe la distancia a que se encuentran las que avanzan hacia Rangún, la ocupación de algunas islas, y que en toda la extensión del Pacífico no hay señal de la gran Flota americana.

El fantástico despliegue de la Aviación nipona en un radio de millares de millas náuticas exige servidumbres que sólo los aviadores pueden comprender y explicarse; el lujo de previsiones establecidas en el plan de campaña para la habilitación de bases que habían de tomarse al enemigo, y la distribución de unidades aéreas en los círculos de aprovisionamiento respectivos.

En las campañas alemanas de Europa la Aviación ha tenido misiones menos amplias, bien que haya realizado "raids" lejanos, pero circunstanciales; mientras que los aeroplanos japoneses (y que me perdonen los técnicos si me equivoco) se han visto obligados a constituir una extensísima red de carácter permanente a manera de ejército de cobertura para oponerse a un posible ataque aéreo o naval contra su metrópoli procedente de América. Otrosí: las batallas entre aviones y acorazados no se habían producido nunca hasta ahora con resultados tan definitivos, y demostración tan evidente de la superioridad del aeroplano sobre las grandes unidades navales, tenidas por invulnerables, o por lo menos, indestructibles; como no fuese en luchas

con fuerzas marítimas, y especialmente después de las modificaciones introducidas por los americanos en la estructura de las cubiertas; la Aviación había conseguido lastimar y aun inutilizar seriamente a barcos protegidos, pero hundirlos, jamás, y no por sorpresa, sino cara a cara y frente a frente, como en la batalla de Java.

Para disculpar el hundimiento de los buques americanos en Pearl Harbour, atribuyóse a la sorpresa el suceso; la sorpresa no cabe en un buque de guerra; dura lo que dura quitar los tapafundas de las piezas, aun suponiendo que el servicio no se haga con la misma puntualidad y desvelo que al frente del enemigo, porque siempre hay en los barcos gente de guardia para valerse de sus propios medios; la verdad es que los propios medios son insuficientes cuando los pilotos adversarios no se preocupan de perder la vida entre las torres de combate del barco atacado.

A este respecto de la conducta heroica de los pilotos japoneses ignoro la parte que tiene nuestra fantasía; ni sé si existe la que ya tiene nombre: "Torpedo humano", aéreo o naval, porque a los dos elementos dícese que pertenecen los héroes. La atribución de las esplendorosas victorias alemanas al principio de la guerra, y ahora de las japonesas, a misteriosas "armas se-

cretas", era un juego político: de los vencidos, para disculpar su derrota; de los vencedores, para sembrar el pánico en los enemigos. Hubo, sí, más eficacia en los artilugios marciales por mayor perfección de la industria militar; más decisión en los hombres y más idoneidad en los cuarteles generales; pero armas endiabladas, irresistibles, no. Parece que los japoneses han preparado una técnica de la espiritualidad que—se cuenta—na costado millares de víctimas; ejercicios de fuego, de doble acción, con un tanto por mil de cartuchos de guerra; ensayos de naufragios de transportes con tropas dentro; experiencias temerarias de artefactos y explosivos, etc.; y que la suma de abnegadas y voluntarias víctimas se eleva a 14.000 hombres, la mayor parte oficiales. No he de quitar yo hierro—como dicen los caballistas andaluces de las exageraciones ecuestres—a esas demostraciones de exaltado patriotismo y sublime concepción del deber militar; después de la proeza, rigurosamente histórica, de aquella colina 109 del sitio de Port-Arthur, en que un batallón de voluntarios se lanzó al asalto con las mochilas repletas de explosivos y voló con las fortificaciones, todo es creíble en los soldados japoneses; sus almas henchidas de religión y patriotismo deben poseer una idea de la muerte distinta que el resto de la Humanidad; y bien claro lo dice el caso, nada extraordinario, del General que se abre el vientre por no sobrevivir a su Emperador, o porque cree que no acertó a cumplir exactamente un orden. Nosotros, los españoles, ni podemos ni debemos extrañarnos mucho de esa despreocupación de la muerte; los centenares de oficiales fusilados por los rojos vivirían con sólo haber accedido a servirles; prefirieron la muerte, y recibieronla con un estoicismo cristiano muy semejante al japonés; el puntillo de honor es tan fuerte en nosotros, que ahí están para confirmarlo los soldados de la División española en Rusia, objeto de admiración y encomio de un Ejército como el alemán.

De que en la preparación, larga y minuciosa, de los Ejércitos nipones hubo bastante, tal vez mucho, de ejercicios arriesgados, no cabe dudar; pues yo he leído hace poco el impresionante relato de un aviador marino japonés de unos ejercicios realizados cuando el actual jefe del Gobierno, Almirante Tojo, era Comandante de un portaviones. Noche tempestuosa; mar Pacífico que no se acordaba de su nombre, ya que las ráfagas de viento impulsaban las olas a barrer la cubierta hasta doblar los candeleros; el Comandante, en la cabina de la radio, recibe, sin notársele la angustia, las comunicaciones de los pilotos en vuelo: "Estoy a cien millas de la situación del buque y no tengo gasolina más que para cuarenta. Rota una paleta de la hélice, he amarado a cincuenta millas." Y por este estilo, los 14 aparatos que faltan. El buque no navega; vuela a toda máquina, dando por radio a cada minuto la longitud y latitud a que se encuentra para acortar distancias; el huracán arrecia; las olas son montañas. Van llegando al fin algunos aparatos, pero todos se estrellan; los más se pierden para siempre. Los destrozados cadáveres de los pilotos yacen en la subcubierta del nodriza; Tojo, de rodillas ante ellos, llora y reza y los envidia; han muerto por sus deberes para con la Patria y por su Emperador.

Los aviones de aquel buque habían despegado al



estallar la tempestad, a sabiendas de que todas las probabilidades les eran adversas; quizá se trataba de encontrar el mejor medio para compensar los balances del barco en los instantes de llegar los aparatos, y quizá se encontró; esto es una suposición mía, porque la reserva observada rigurosamente por los japoneses en todos sus ensayos militares nunca ha permitido averiguar nada.

En otros países, el episodio, terrible por sus consecuencias, se habría calificado de catástrofe; en el Japón no se estimaría así, sino como un suceso del que podían extraerse enseñanzas y experiencias útiles a la construcción del material.

Con tal ideología, la guerra, y muy particularmente la Aviación ha de ser un cúmulo de obligaciones en las cuales los riesgos no cuentan; el problema se reduce a cumplirlas con eficacia, puntualidad y el éxito posible. ¡Hermosa profesión la que por encima de los materialismos de la vida, de los goces que ofrece a la juventud y de los sagrados deberes impuestos por la familia, pone la ilusión inmaterial de la gloria, el ansia de merecer imperecedero recuerdo, el olvido absoluto del instinto de conservación y la renuncia a los honores y alegría del triunfo!

En todos los hombres, al morir, aparece entre sus párpados una inconsciente lágrima; si este hombre es un soldado, y muere por la Patria, esa lágrima será una perla prendida en un jirón de su Bandera.